

**“SEÑOR HAZ QUE YO NO SEA INCRÉDULO  
SINO FIEL” (Jn. 20, 27)**

***Mensaje de monseñor Marcelo Raúl Martorell, obispo de Puerto Iguazú  
para el segundo domingo de Pascua  
(15 de abril de 2007)***

La liturgia de este domingo nos lleva a contemplar la narración de la aparición de Jesús a los Apóstoles y el envío que él mismo les da de predicar el Evangelio y de perdonar los pecados, “como me envió el Padre así los envío yo a Uds. Y les da el Espíritu Santo “Sopló y les dijo: Recibid el Espíritu Santo; a quienes perdonareis los pecados, les serán perdonados; a quienes se los retuviereis, les serán retenidos”; es muy significativo que el día mismo de la Resurrección Jesús se haya presentado a sus discípulos y les haya entregado su Espíritu dándoles dicho mandato. Aquí aparece Jesús ante sus discípulos, la Iglesia naciente, constituyéndola y enviándola a prolongar su misión en el mundo y con la infusión de su Espíritu la institución de la Penitencia que con el Bautismo, ya confiado, y la Eucaristía constituyen los signos específicamente Pascuales. La admisión a la Iglesia, la remisión de los pecados y la reconciliación de los hombres con Dios efectuadas por el sacrificio de Cristo, que se repite día a día, son signos pascuales que la Iglesia debe preservar y enaltecer a lo largo de su peregrinar por el mundo hasta que llegue el día final del encuentro definitivo con Dios en Jesucristo glorificado.

Pero este domingo la liturgia nos plantea un problema de fe. Si bien la aparición de Jesús fortalece la fe de los Apóstoles, aquella tarde uno de ellos, Tomás, estaba ausente y se rehúsa a creer que Jesús ha resucitado “si no veo... y meto mis dedos en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré”. Pasados ocho días Jesús vuelve a aparecer a los Apóstoles y llamando a Tomás le dice “Alarga acá tus dedos y mira mis manos, tiende tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel”, Jesús como siempre con infinita ternura y bondad satisface la arrogante exigencia del Apóstol. Tomás se da por vencido, se disuelve su incredulidad y en un gran acto de fe exclama “¡Señor mío y Dios mío!”. Hoy hay muchos que no creen y nos escandalizan y molestan, hay que tener como ejemplo al Señor que ante la duda de fe, se muestra misericordioso, hacer lo mismo y orar por ellos para que crean. Hay que tener paciencia para aquellos que viven en el error o la ignorancia de la fe.

Jesús le dice a Tomás, “porque me has visto has creído, dichosos los que sin ver creerán”(Jn.20,29), alaba así a toda la Iglesia naciente que creará sin el apoyo de la experiencia sensible y son las palabras de Pedro que conmovido por la fe viva de los primeros cristianos “a quien amáis sin haberlo visto, y en quien ahora creéis sin verle, y os regocijáis con un gozo inefable y glorioso” (1Pe.1,8) Aquí está plasmada la bienaventuranza del Señor a los creyentes de todos los tiempos.

La fe en Cristo era la fuerza que tenía reunidos a los primitivos creyentes en una cohesión de sentimientos y de vida “la muchedumbre de los que habían creído tenía un solo corazón y una sola alma”(Hc 4,32)Esta era la característica fundamental de la primitiva comunidad cristiana nacida del vigor con que los Apóstoles testimoniaban la resurrección del Señor y del correspondiente vigor de la

fe de cada uno de los creyentes. Una fe tan fuerte que los llevaba a renunciar espontáneamente a sus propios bienes para ponerlos a disposición de los más necesitados , considerados verdaderos hermanos en la fe en Jesucristo. No era una fe teórica, ideológica, sino tan concreta y operante que daba una impronta del todo nueva a la vida de los creyentes, no sólo en el aspecto de la relación con Dios y la oración, sino también en el de las relaciones con el prójimo hasta en el mismo campo de los intereses materiales de los que el hombre se siente tan celosamente atrapado. Esta fe es la que hoy falta, para muchos que dicen ser creyentes, la fe no ejerce influjo alguno sobre sus costumbres ni cambia casi nada en sus vidas. Una fe así no convence ni convierte al mundo.

Es necesario volver a la fe de la Iglesia primitiva, pedirle a Dios una fe profunda, como la fe de los primeros cristianos ya que en su vigor está la victoria del cristiano. "Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe. ¿Y quien es el que vence al mundo sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?"(1Jn.5,4-5) Proclamar que Jesucristo es el Señor y vivir de acuerdo a lo que esto significa: Que todos somos hijos en el Hijo y por lo tanto hermanos en la fe. El núcleo de la fe de los primeros cristianos y el de la Iglesia de hoy es proclamar ante el mundo que Jesús ha padecido, muerto y resucitado y esta profesión debe llevarnos a una vida nueva, a cambiar las estructuras negativas del mundo, a llevar el amor donde hay odios y divisiones, la paz donde reina la guerra y la violencia, el diálogo donde reina el mutismo y el silencio que nos separa, el compromiso de vida frente al hombre indiferente de los problemas y males que nos rodean.

Que la virgen María Madre del Resucitado nos acompañe en el camino de la fe.

***Mons. Marcelo Raúl Martorell, obispo Puerto Iguazú***